

la isla de Elba, se estingue cada dia, madama, y esta marcha milagrosa no es ya un recuerdo, es un hecho histórico.

—Así, creo que no hay esperanza de entrar en Francia para la familia Napoleon?

—Si fuese el rey, mañana la llamaría.

—No es así como quiero decir.

—De otra manera hay pocas probabilidades.

—Qué consejo daríais, pues, á un miembro de esta familia que soñase en la resurreccion de la gloria y el poder napoleónico?

—Le daría el consejo de que despertara.

—Y si persistía, apesar de este consejo, que á mi entender es tambien el mejor, y os pidiese otro?

—Entonces, madama, le diría que obtuviese la cancelacion de su destierro, que comprase una tierra en Francia, se hiciese elegir diputado, que procurase, con su talento, disponer de la mayoría de la cámara y se sirviese de ella para deponer á Luis Felipe y hacerse elegir rey en su lugar.

—Y pensais, respondió la duquesa de Saint-Leu sonriendo con melancolia, que cualquier otro medio saldria mal?

—Estoy convencido de ello.

Suspiró la duquesa.

En este momento llamaron á almorzar; nos encaminamos al castillo pensativos y silenciosos. Durante toda la vuelta no me dirigió una sola palabra, pero cuando llegamos á la puerta, se detuvo y me miró con una espresion indefinible.

—Ah! me dijo, quisiera que mi hijo estuviera aquí y que hubiese oído lo que acabais de decir....!

## CAPÍTULO VII.

**E**STA muerte del duque de Reichstadt que mencionaba en mi conversacion con la duquesa de Saint-Leu, habia acaecido el 22 de Julio de 1832.

Se sabe qué rumores resuenan siempre al rededor del féretro de los pretendientes; hacia tiempo, con razon ó sin ella, que los hombres políticos estaban convencidos de que el heredero de Napoleon debia morir jóven, y cuando se esparció la noticia de esta muerte, se contentaron con menear la cabeza, diciendo:

—Tenia un nombre demasiado grande para vivir.

Por lo demas, el ruido de esta muerte, en Francia, fué sordo y se estinguió pronto. Los partidarios mas ardientes del emperador hubieran temido la vuelta de un jóven educado en la escuela de M. de Metternich. En sus cabellos blondos, en sus facciones afeminadas, el duque de Reichstadt tenia mas de su madre que de su padre, mas de María Luisa que de Napoleon. No era de temer que fuese lo mismo en lo moral y que su corazon fuese mas austriaco que francés.

En resumen, murió; once años bastaron al ángel fúnebre para sellar la tumba del padre y del hijo; y como ya no se

temia la vuelta del desterrado de Santa-Helena, ni del pretendiente de Schœnbrunn, año y seis meses despues de esta muerte, volvió á tomar la estatua del emperador su lugar en la columna de la plaza de Vendome.

Decimos rapidamente lo que pasó en este intervalo cuyos dos grandes acontecimientos fueron la muerte de la religion sansimoniana y el nacimiento de la hija de la duquesa de Berry.

Nos es imposible seguir aquí la religion sansimoniana en todos los detalles de su nacimiento, de su desarrollo y de su muerte; nacida en el lecho de agonía de San Simon, creció en la calle de Monsigny, agonizó en Menilmontant y murió ante la corte de assises.

Comparecieron ahí, el 27 de Agosto, el padre Infantin, Michel Chevalier, Barrault, Duverrijer y Olinde Rodriguez.

Se les acusaba:

Primero. Del delito previsto por el art. 291 del Código penal, el cual prohibia las reuniones de mas de veinte personas.

Segundo. Del delito de ultraje á la moral pública y á las buenas costumbres.

MM. Infantin, Duverryer y Michel Chevalier fueron condenados á un año de prision y cincuenta francos de multa.

MM. Rodriguez y Barrault á cincuenta francos de multa solamente.

Y ahora, que no se nos cree del partido de los jueces contra los acusados; no, el juicio fué parcial, ó mas bien, ciego; los hombres que llamaron para dar la sentencia eran de buena fé pero de vista corta. No vieron sino un delito en una doctrina, ridícula en ciertos puntos, como lo son casi todas las doctrinas en su nacimiento, pero llena de porvenir en otros. El evangelio que reasumia la religion era corto y preciso: *á cada uno segun su capacidad, á cada uno segun sus obras.* Quizás faltaba caridad al principio, y no quedaria mas que

el cielo á los pobres de espíritu á los que Cristo tenia tanta lástima; pero sobre seguro, no carecia de lógica.

Ademas, era la primera vez que se rendia un grande homenaje á quien le toca de derecho: *el trabajo*, este esclavo de los siglos pasados se haria rey de los siglos futuros.

Tambien, sin la comunidad de la mujer y la abolicion de la herencia, el gobierno, notad que no decimos la justicia, no hubiera vencido á la religion sansimoniana.

En cuanto á nosotros, que hemos asistido como auditores y como amigos, á la mayor parte de las conferencias *Del padre*, lo repetimos, sin que nos alcanzase el fanatismo que inspiraba á los apóstoles, le comprendiamos y le creiamos sincero y real.

Volvamos al gobierno que reprimia el republicanismo social en la persona del padre Infantin, y el republicanismo revolucionario en la persona de Juan.

Se presentaban tres hombres reclamando la sucesion mortal de Casimiro Perier.

M. Dupin, M. Guizot; M. Thiers.

Entre estos tres hombres debia escojer Luis Felipe.

Dupin tenia todas sus simpatías. Hacia tiempo que M. Dupin estaba á la cabeza de los negocios contenciosos del duque de Orleans, y como el rey no veia en la administracion de la Francia mas que la conduccion de un negocio contencioso, esperaba que M. Dupin le ganara sus procesos con los reyes, sus vecinos, como se los habia ganado los compropietarios riverseños de sus propiedades.

Pero contra toda esperanza, M. Dupin fué menos dócil en el caso de los negocios públicos que lo que habia sido en el caso de los negocios particulares. La conversacion entre el futuro ministro y el rey subió de cada lado, desde la escala de la obstinacion, hasta la escala de la discusion mas viva. En fin, perdiendo todo miramiento, exclamó M. Dupin:

—Teneos, Sire, veo que jamas podremos entendernos.

—Lo veo lo mismo que vos, caballero, respondió el rey

con una suprema aristocracia, solamente que no me atrevia á decíroslo.

Esta palabra que volvía á poner á M. Dupin en el lugar que pensaba el rey que no hubiera debido dejar, terminó la entrevista.

Quedaban MM. Guizot y Thiers.

Si el mérito de un primer ministro se mide por su impopularidad, ninguno, mas que M. Guizot, tenía derecho á la impopular herencia de Casimir Perier; pero en el momento en que se encontraban era peligroso afrontar el desafecto general que estaba anexo al hombre de Gand.

Separado M. Guizot se encontraban con M. Thiers.

Sí, pero el rey desconfiaba de M. Thiers; tenía en el fondo de esta lijereza, de esta murmuracion, de todos estos defectos, en fin, con ayuda de los que M. Thiers hacia perdonar sus cualidades; tenía un fondo de nacionalidad que no dejaba de inquietar infinitamente al hombre que habia dejado hacer las expediciones rusas de Varsovia, las expediciones austriacas de Modena y Bolonia, y que se disponia á hacer la expedicion de Anvers.

Por otra parte se sabia que M. Thiers, gran estratégico en su historia de la Revolucion, tenía un deseo secreto de pasar de la teoria á la práctica.

Por consiguiente se desechó á M. Thiers.

Tras estos tres candidatos estaba, de pié, firme, inmóvil, incapaz de dar un paso hácia la cartera en cuestion, M. de Broglie, que era en la escuela doctrinaria lo que el padre Enfantin en la escuela sansimoniana. El rey se volvió hácia M. de Broglie.

De esta manera, y bajo la proteccion del primer ministro, se utilizaria á M. Guizot y M. Thiers.

M. de Rémusat, uno de los adeptos de la escuela, se encargó de la negociacion.

M. de Broglie puso sus condiciones; se aceptaron, y la

Francia tuvo un ministerio que recibió el nombre del ministerio del 11 de Octubre.

Se componia:

De M. de Broglie, ministro de negocios estranjeros;

De M. Thiers, del interior;

De M. Guizot, de instruccion pública;

De M. Humann, de hacienda;

Del mariscal Soult, de guerra;

De M. Barthe, de justicia;

El mariscal Soult conservó el título de presidente del consejo, aunque en realidad, M. de Broglie era el gefe del gabinete.

Por lo demas, para *popularizar* á este ministerio, se le habia preparado el cumplimiento de un grande acto:

El arresto de la duquesa de Berry.

Hemos visto que en la noche del 9 al 10 de Junio, la duquesa de Berry entraba en Nantes disfrazada de paisana.

La esperaba un asilo en casa de la señorita Duguigny.

Este asilo era una boardilla, en el tercer piso, situada directamente bajo el tejado; al entrar á la derecha se encontraba una ventana que daba luz al departamento y caía á un patio interior; en el ángulo situado del mismo lado de la ventana, se habia practicado, espresamente para la circunstancia, una chimenea cuya placa se abria de derecha á izquierda, y dejaba una abertura de un pié y medio de altura.

Era el último retiro preparado para la duquesa, en caso que invadiesen la casa.

Habia dos catres de lona, uno para la duquesa, el otro sin duda para la señorita de Kersabiec.

Allí, al corriente de todo lo que pasaba, esperaba los acontecimientos y se disponia á aprovecharlos.

Sin saber en qué casa, la corte sabia perfectamente que

madama estaba en Nantes; por otra parte, al tiempo del proceso de los veinte y dos Vendéens (1), escribió la duquesa esta carta á su tia María-Amelia.

“Gualesquiera que sean las consecuencias que puedan resultarme de la posicion en que me he puesto llenando mis deberes de madre, jamas os hablaré de mi interés, madama; sino de los valientes que estarán comprometidos por la causa de mi hijo, no rehusaré hacer por salvarlos lo que honrosamente se pueda.

“Suplico, pues, á mi tia, conozco su buen corazon y su religion, que emplee todo su influjo para interesar en su favor. El portador de esta hará detalles sobre su situacion; dirá que los jueces que les han dado son hombres con quienes se han batido.

“Apesar de la diferencia de nuestras situaciones, tambien hay un volcan bajo vuestros piés, madama, lo sabeis. He visto vuestros terrores, muy naturales, en una época en que yo estaba en seguridad, y no fuí insensible á ellos. Solo Dios conoce lo que nos destina, y quizas un dia me agradeceréis haber tenido confianza en vuestra bondad y haberos dado ocasion de hacer uso de ella para con mis desgraciados amigos. Creed en mi reconocimiento.

“Os deseo felicidad, madama, porque tengo muy buena opinion de vos para creer que sea posible que seais dichosa en vuestra situacion.

MARIA CAROLINA.”

Como lo decia madama en esta carta llena de tristeza y

(1) Este número 22 parece cabalístico en materia de procesos. Dos meses antes, como lo hemos dicho, habia habido el proceso de los 22 republicanos, y los girondinos de quienes Marat pidió y obtuvo la cabeza en 1793, eran tambien 22.

dignidad, el que la llevaba, oficial realista enteramente consagrado á su partido, podia dar todos los informes que se le pidiesen; pero la reina Maria Amelia estaba en una posicion muy embarazosa para aceptar el encargo que se le confiaba. Madama de Montalivet desdobló la carta, la leyó y subió á la habitacion de la reina, estuvo allí un cuarto de hora, bajó y volvió la carta al oficial, diciéndole que S. M. no podia recibirla.

En efecto, suponiendo á la reina iniciada en los secretos de su marido, era difícil la cosa.

El rey se disponia á hacer arrestar á su sobrina, por medio de un judío renegado.

Dentz; hay nombres que llegan á ser injurias mortales, Dentz, era el nombre de este judío.

Dentz habia acompañado á madama Bourmont en Londres y en Italia; habia visto á madama una vez al ir á Roma; la habia vuelto á ver al volver de Roma. Madama podia pues tener alguna confianza en él.

Dentz se presentó á M. Thiers exagerando esta confianza; pero se comprometia á entregar á la señora duquesa de Berry; los traidores son mas raros en Francia de lo que se cree; se presentaba uno era preciso no despreciarlo.

Discutieron la suma; se fijó en cien mil francos, y Dentz partió para Nantes, acompañado del comisario Joly, el mismo que, cuando el asesinato del duque de Berry, arrestó á Louvel.

Esta vez iba á cumplir contra la mujer la misma mision que habia cumplido contra el asesino del marido.

Cosa estraña es lo que se llama el *deber* entre los hombres públicos!

Por lo demas, la Restauracion habia dado este fatal ejemplo de la traicion puesta á precio.

Balmain no habia hecho traicion á Didier por una prima de veinte mil francos?

Dentz llegó á Nantes, se hizo reconocer por los legitimis-

tas, dijo que estaba encargado de despachos importantes y declaró que no quería entregar estos despachos sino á la persona á quien venian destinados, es decir, á madama misma.

Previnieron á madama de lo que pasaba, y no concibió la menor sospecha.

El 30 de Octubre dió órdenes á M. Duguigny de que fuese al hotel de Francia, que preguntara por M. Gonzague, y se le acercase diciéndole: *Señor, llegais de España?* y le presentase la mitad de una tarjeta partida.

Si M. Gonzague presentaba la otra mitad de esta tarjeta y se avenian las dos mitades, M. Duguigny debia conducir al mensajero.

M. Duguigny fué al hotel de Francia, y encontró á M. Gonzague, que no era otro que Dentz. Dentz llenó la condicion indicada, y M. Duguigny convencido de que habia encontrado realmente al hombre que necesitaba madama, se ofreció á guiarlo.

En el camino se detuvo Dentz, parecia inquieto, y quiso saber de una manera precisa á donde se le conducia.

—Os conduzco, dijo M. Duguigny, á una casa donde irá madama á daros audiencia, y que dejará despues.

Dentz no preguntó mas, y se dejó introducir á un cuarto donde estaban las dos señoritas. Duguigny, la señorita Stilyle de Kersabiec y M. Guibourg.

—Ha llegado madama, preguntó Duguigny, para hacer creer á Dentz que no habitaba en la casa.

—Creo que sí, respondió la señorita de Kersabiec, porque acabamos de oír ruido en el cuarto vecino.

A este tiempo entró M. de Menars,

Dentz se estremeció; aunque habia visto á M. de Menars en Italia no lo conoció.

—Qué es esto! dónde estoy? exclamó.

M. de Menars se dió á conocer, y Dentz se tranquilizó.

Tras de M. de Menars entró madama; pero Dentz declaró entonces que queria hablar á la duquesa á solas.

Madama cometió la imprudencia de hacerlo subir á la boardilla que hemos descrito, y que, como dijimos, era el escondite de la princesa.

Duró la conferencia hasta las ocho de la noche.

Se fijó otra para el dia 6 de Noviembre en el mismo lugar.

#### CAPÍTULO VIII.

EL 6 por la mañana, Dentz fué á ver á M. de Bourmont, le anunció que en la tarde debia ver á la duquesa, é insistió con ahinco para que asistiese á la entrevista.

Dentz queria hacer prender al mariscal junto con madama; pero M. de Bourmont habia resuelto dejar á Nantes; y por su fortuna, sin haber dicho nada de sus proyectos á Dentz, salió de la ciudad cerca de las cinco de la tarde, aunque acometido de una calentura ardiente, y que necesitaba del brazo de un amigo para tenerse en pié.

Al mismo tiempo la autoridad tomaba todas sus medidas, porque era en la misma tarde en la que debia ser arrestada la duquesa de Berry.

A la hora convenida, Dentz fué introducido cerca de la princesa. Esta vez estaba enteramente tranquilo, y mada-